

Cien Años



de la pérdida de Panamá

Por Mayor General José Roberto Ibáñez Sánchez
Presidente Academia Colombiana de Historia Militar

Episodios inmediatos a la separación

La ejecución de Victoriano Lorenzo, a que hicimos referencia en la pasada entrega de esta serie, fue innecesaria y antijurídica, y a pesar de las explicaciones dadas por el general José Vásquez Cobo, fue protestada hasta por el propio general Salazar cuando lo supo en Palmira. Esta situación ahondó en el pueblo panameño la indignación, el resentimiento y el temor hacia las autoridades colombianas, y tales sentimientos se acrecentaron aún más por el enfrentamiento entre el jefe militar y el recién nombrado gobernador de Panamá, Facundo Mutis Durán, un abogado santandereano residenciado tiempo atrás en Panamá como asesor de la Compañía del Ferrocarril, casado con una hermosa norteamericana y de dudosa conducta en la separación de Panamá.

El general José Vásquez Cobo era un buen soldado, de temperamento impulsivo e inclinado al alcohol. Desde su arribo a Panamá había planeado con la flotilla del gobierno, que permanecía ociosa después de la guerra, establecer una línea de

cabotaje con la población de David y otras intermedias, que prestaba en onerosas condiciones la Pacific Steam Navigation Company. Así, proveería recursos tanto para la flotilla como para el ejército. Lamentablemente, Mutis Durán no le prestó atención y prefirió a la compañía inglesa, circunstancia que, con toda razón, lo predispuso contra el gobernador, máxime cuando éste tampoco prestaba atención a la necesidades de las tropas, negándoles un préstamo de 25 mil pesos en plata para atender su ración diaria, alegando que el gobierno nacional era tramposo, debía al istmo dos millones de pesos y no mostraba interés en pagarlos.

En tales circunstancias, se suscitó el 25 de julio de 1903 un incidente conocido como del *empastela-*

“para enterarse de lo sucedido”, sin hallarlo, porque éste, advertido del hecho, había huido vestido de mujer. Después de la mediación del obispo y de algunos ciudadanos de prestigio, el gobernador y el comandante militar lograron ponerse de acuerdo, sobre todo en cuanto a los 25 mil pesos, que eran indispensables para el



La consumación de la separación



El gobierno colombiano, como ha sido su costumbre en materia fronteriza, mantenía a Panamá un tanto marginada del resto del país, aun cuando, por ser una especie de alcancía, imponía sobre ella su autoridad, sin preocuparse mucho por el desarrollo de la comunidad. Esto creó en un grupo de dirigentes panameños o colombianos residenciados en el istmo cierta proclividad a la separación.

miento de El Lápiz. Este era un periódico que con motivo de la muerte de Lorenzo venía hostigando a los militares del gobierno de manera persistente y ofensiva, tratándolos de asesinos vulgares, sin que el gobernador se diera por entendido, circunstancia que llevó a un grupo de oficiales encabezados por el general José Restrepo Briceño y el coronel Carlos Fajardo a tomar la justicia por mano propia, penetrando a la imprenta, donde se elaboraba el periódico, para romper la edición, tirar las galeras al suelo, hacer algunos disparos al aire y propinarle algunos fuetazos a su redactor José Sacrovís Mendoza.

Tan repudiable hecho no hubiera trascendido, de no haber mediado el propio general Vásquez Cobo, cuando en las horas de la noche, y pasado de copas, entró sin previo aviso a la residencia del gobernador

sostenimiento de la tropa. De todas formas, el incidente fue interpretado por los panameños como una intención abusiva del militar representante de la autoridad centralista, de amarrar al gobernador para hacerse cargo del gobierno.

También advertimos cómo en agosto de 1903, el nombramiento del senador José de Obaldía como gobernador de Panamá, en reemplazo de Facundo Mutis Durán, quien fuera promovido a ministro del Tesoro, produjo tanta conmoción en el país como la denegación del tratado Herrán-Hay. La situación llegó al punto que el senador panameño Pérez y Soto y su colega Terán, conocidos por su espíritu antiyanqui y su lealtad a Colombia, insistieron ante el ministro de Gobierno Esteban Jaramillo para que revocara tal nombramiento.



Incluso la Cámara de Representantes, en nombre de la unidad nacional, consignó un acta que fue denegada mayoritariamente, en la que se acusaba al gobierno de facilitar la traición, sin que el presidente Marroquín revocara su decisión. Este episodio fue bautizado por Eduardo Lemaitre como “la entrega de las llaves al ladrón”. ¿Por qué? La única y lógica explicación es la que se dio poco tiempo después, y que hace relación a vicios enquistados en nuestra clase política: la corrupción y la politiquería. Versiones todas concurrentes al mismo fin, efecto de las intrigas del *Hijo del Ejecutivo*, como era llamado Lorenzo Marroquín.

Una primera versión, aun cuando circuló profusamente en Washington y Bogotá sin prueba fehaciente, es la citada por el senador Terán, y hace relación a que Lorenzo habría recibido 40 mil dólares de la compañía Cromwell para asegurar el nombramiento de Obaldía, de quien se sabía que era proclive a la separación en caso de denegarse el tratado.

Otra versión, también enredada en corruptelas similares, es la que el mismo senador Terán invoca de la declaración juramentada de Julio A. Palacios. Este ciudadano en alguna ocasión posterior viajó con Obaldía en el mismo buque y refirió cómo éste le había confesado que su nombramiento como gobernador de Panamá había sido dado como compensación a una suma que le había prestado a Lorenzo, con el compromiso de devolvérsela desde Bogotá, pero que como tal compromiso no fue cumplido, Lorenzo le ofreció primero el Ministerio del Tesoro, y dado que Obaldía le manifestó que lo único que aceptaría era la gobernación del istmo, Lorenzo le prometió que contara como un hecho con tal nombramiento.

Otras explicaciones se relacionan con la politiquería. El ministro Jaramillo explicó que dicho nombramiento fue producto de la notable influencia y las



simpatías que Obaldía tenía en el istmo, y que como se trataba de un hombre bueno y franco, era la mejor garantía para mantener la vinculación de aquel departamento con Colombia. Tiene más credibilidad la versión de que el nombramiento obedeció al deseo de asegurar la elección del general Rafael Reyes como próximo presidente de Colombia, cuyas simpatías por los Estados Unidos y por el tratado eran bien conocidas, y lo único que cabría esperar era paciencia del gobierno de dicho país mientras llegaban las elecciones. Explicación no concordante con la realidad de la impopularidad total del tratado, que salvo por un mecanismo inconstitucional habría podido aprobarse.

Ambiente panameño inmediato a la separación

Las actividades separatistas, aún antes de conocerse la negativa del tratado Herrán-Hay, se desarrollaron casi de manera pública, con anuencia y beneplácito de la policía, integrada por panameños estimulados por los dólares de la Compañía del Ferrocarril, por sentimientos alimentados por algunos dirigentes panameños y por su animadversión con el ejército. Estas actividades sólo fueron reprimidas o protestadas por el gobernador Mutis Durán cuando sentía la presencia del general Vásquez Cobo.

Todo el país, pero sobre todo la población istmeña de las ciudades de Panamá y Colón, de mayoría liberal, que había conocido la prosperidad con la compañía francesa, mantenía gran expectativa por la aprobación del tratado Herrán-Hay, y consideraba una frustración intolerable su negativa. Varios de sus dirigentes, que de alguna manera sentían los golpes del centralismo en perjuicio de sus intereses personales, o se mantenían vinculados con la Compañía del Ferrocarril, estaban decididos a separarse de Colombia si no se aprobaba el tratado. Para ello, con apoyo de la Compañía del Ferrocarril, empezaron a comprar las conciencias de los militares allí radicados, como el general Rubén Varón, comandante del buque 21 de Noviembre, antes denominado Padilla, quien en alguna reunión arrancó una estrella a la bandera de Estados Unidos para ponérsela a la de Panamá.

Por su parte, el gobierno norteamericano, por intermedio del abogado y empresario Cromwell y de sus agentes, se mantenía enterado de cuanto ocurría en Bogotá y Panamá, pues se había establecido una red de espionaje por intermedio del embajador Beaupré, del

de la pérdida de
Panamá

Un militar colombiano tuvo comportamiento digno: fue el contador del buque Bogotá, coronel Jorge Martínez, quien ante la prisión del general Juan B. Tovar y del propio jefe del buque, general Luis Alberto Tovar, conminó a los rebeldes a dejarlos en libertad, so pena de someter a cañonazos la ciudad.

corresponsal del *New York Herald* Luis Halberstadt, del agente Manzini, del coronel R. Shaler, superintendente del ferrocarril; de su auxiliar, señor Prescott, y del capitán de puerto, Beers.

Hasta aquí hemos sostenido cómo la geografía y el gobierno colombiano, como ha sido su costumbre en materia fronteriza, mantenía a Panamá un tanto marginada del resto del país, aun cuando, por ser una especie de alcancía, imponía sobre ella su autoridad, sin preocuparse mucho por el desarrollo de la comunidad. Esto creó en un grupo de dirigentes panameños o colombianos residenciados en el istmo cierta proclividad a la separación. Pero, tal como lo plantea Eduardo Lemaitre, esto no quiere decir que dicho sentimiento fuera generalizado, porque los 80 años de unión con Colombia habían generado en el pueblo, especialmente rural e indígena, un sentimiento de patria integral. Ya vimos cómo los senadores Oscar Terán y Juan B. Pérez y Soto respiraban patriotismo colombiano, y con ellos, personalidades como Belisario Porras y Carlos A. Mendoza mantuvieron similar actitud y se pronunciaron de manera franca contra el tratado Herrán-Hay.

Tal pensamiento afecto a Colombia era expresado en los periódicos *El Duende*, *El Istmeño* y *El Mercurio*. El segundo, en la pluma del doctor Rodolfo Aguilera, afirmaba el 2 de junio de 1903: "Como sospechamos que si se emprende la obra del Canal, seremos tributarios de los yanquis, es preferible que se postergue la empresa hasta que se modifique el convenio oneroso, en el sentido de que los istmeños, que son los verdaderos dueños del territorio, tengan las mayores ventajas". Por su parte, *El Istmeño* decía: "Es que el tratado Herrán-Hay necesita algunas modificaciones para nuestra propia seguridad y para nuestra propia honra, porque no es el presente lo que se juega, sino el futuro, al cual están vinculadas la suerte, las aspiraciones y las esperanzas de una multitud de istmeños que no hablan inglés ni tienen inmensas propiedades, aunque tal vez tengan una numerosa prole que también pida y reclame su pan".

Por las circunstancias anteriores, una vez enterados del fracaso del tratado Herrán-Hay, los panameños desafectos a Colombia se dieron de lleno a preparar sin mucho riesgo la separación, en contacto y bajo la dirección de Cromwell y Bunau Varilla, y con la confianza de que el gobierno del presidente Roosevelt los apoyaría y reconocería la nueva república una vez emancipada de Colombia.

Quien desde un comienzo se erigió como cabeza de los separatistas fue Manuel Amador Guerrero, médico cartagenero de 70 años que durante el período radical, en 1866, había alcanzado la presidencia del Estado soberano de Panamá, aunque una revolución lo derrocó y puso preso, circunstancia que lo llevó a abandonar la política por varios años para emplearse como médico de la Compañía del Ferrocarril. Pero la derrota y posterior muerte del general Albán lo obligó a embarcarse a Nueva York, para regresar de allí como médico del Batallón Colombia, acantonado en Panamá, cargo desde el cual se convirtió en asesor del gobernador, general Salazar, quien lo postuló infructuosamente para el Senado de la República. El rechazo de su nombre creó en él un fuerte resentimiento que lo predispuso a la venganza contra el presidente y con su propia patria. Para ello, contó en primera instancia con José Agustín Arango, con quien se dio a la tarea de organizar la conjura separatista, en coordinación con los directivos de la Compañía del Ferrocarril, con quienes mantenían estrecho enlace y con los cuales se reunieron en la



José Manuel Marroquín

Cien Años Años

ño, la incapacidad y displicencia del gobierno colombiano y el poderío naval de los Estados Unidos. Es decir, a tono con su espíritu. Se trataba de no entenderse con Colombia, sino directamente con una nueva república. Para ello contaba con el trabajo de los dos personajes de marras, Cromwell y Bunau Varilla, conocedores profundos de toda la problemática política, económica y social de Panamá, con gran capacidad de intriga y gestión cuando se trataba de defender sus intereses, y con contactos en los altos círculos políticos, sociales y económicos de los Estados Unidos.

Hasta este momento, Cromwell había estado defendiendo los intereses de Colombia, por cuanto los suyos dependían del tratado, pero una vez denegado éste, perdió todo interés por el país para dedicarse a lo propio, que había logrado atarlo a los intereses norteameri-



Cien Años Cien Años

finca de Arango el 26 de julio para cumplimentarse irrevocablemente en su decisión.

La organización de la conjura

La organización sediciosa tomó cuerpo cuando se conoció en Washington y en Panamá la negativa del tratado Herrán-Hay. Pronto empezaron a aflorar para Roosevelt varias propuestas, entre ellas una teoría jurídica muy curiosa por parte de quien había sido su compañero de subsecretaría, la de Estado, cuando él ocupaba la de Marina, durante el gobierno de McKinley: John Basset Moore, ahora internacionalista. Según esta teoría, al otorgarle Colombia a los Estados Unidos el derecho de libre tránsito en el tratado Mallarino-Bidlak de 1846, tal derecho conllevaba la autorización para abrir el Canal, previo arreglo con los franceses y sin contar con Colombia.

Roosevelt no tuvo necesidad de aplicar esta teoría, por cuanto surgió una mejor propuesta para el momento, sustentada en el ambiente separatista paname-

Panamá tuvo durante las primeras décadas un desarrollo acelerado, fruto del tratado Hay-Bunau Varilla, que a cambio de su sumisión le otorgó 250 mil dólares anuales, con los cuales realizó una gran campaña educativa, mediante la cual descendió significativamente el analfabetismo en el istmo.

canos a través de la Compañía del Ferrocarril y la representación de la nueva compañía francesa en Washington. Fue así como a comienzos de agosto Cromwell hizo llamar a Nueva York al señor Beers, capitán de puerto del ferrocarril, con el fin de adquirir información actualizada y fidedigna de todo cuanto

de la pérdida de Panamá

acontecía en el istmo y del espíritu de sus gentes frente a la denegación del tratado, información que puso al servicio de sus planes protervos.

Con tal información, Cromwell también llamó a finales de agosto de 1903 a Nueva York a quien se había constituido en el cabecilla del movimiento separatista en Panamá, el resentido médico del Batallón Colombia Manuel Amador Guerrero, quien efectivamente viajó a esa ciudad, previo permiso del ejército colombiano, so pretexto de visitar a su hijo, que estudiaba medicina en ese país. Llegó el 26 de agosto y se entrevistó directamente con Cromwell, quien una vez expuestos sus propósitos, y comprometido a llevarlos hasta el final, le prometió financiar la revolución, de manera secreta, por intermedio de su compañía. Pero una infidencia suya durante el viaje con José Gabriel Duque, director del *Panamá Star and Herald*, lo puso en evidencia con el cónsul colombiano y con el embajador Herrán, quienes informaron a Bogotá las andanzas de los conjurados, y este último notificó a Cromwell de los riesgos que



correría si apoyaba la revuelta, razón por la cual viajó a París para ponerse a cubierto, mientras Bunau Varilla, quien había llegado a Washington procedente de la capital de Francia, tomaba la riendas del asunto.

Desafortunadamente, el gobierno colombiano prestó poca atención a tal comunicado, ya que el presidente Marroquín, para evitarse problemas con sus numerosos enemigos políticos, acostumbraba tapar las malas noticias con el silencio. Pero además, después de la conmoción pública ocasionada por la negativa del tratado Herrán-Hay y el nombramiento de Obaldía como gobernador de Panamá, las cosas en Colombia habían vuelto de la tempestad a la calma. Ignorantes de cuanto bullía en la mente de Roosevelt, de sus asesores y de los conjurados, los colombianos creyeron que, conforme con la Ley Spooner, los yanquis abrirían el Canal por Nicaragua, y el país podría continuar sus negociaciones con la nueva compañía francesa, en aras de adquirir todos sus derechos cuando caducara el contrato el año siguiente, 1904. Vana ilusión que apenas sirvió para aplacar temporalmente los ánimos, porque el verdadero huracán estaba próximo a arrasar con todas nuestras esperanzas.



Teodoro Roosevelt

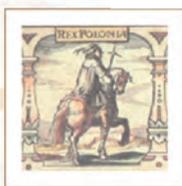
Cien Años

El laborioso e intrigante Bunau Varilla, para verificar con el propio gobierno norteamericano lo que Cromwell le había ordenado, pero también para cobrar por sí mismo igual jerarquía, logró entrevistarse a través del subsecretario de Estado Loomis con el presidente Roosevelt, quien le dio aprobación al plan, cuidándose de inmiscuirse directamente, por consideraciones de dignidad nacional y temor con el partido demócrata. El francés estableció en la pieza 1162 del hotel Walford Astoria su cuartel general, y allí coordinó con Amador Guerrero y José Agustín Arango la forma como habría de ejecutarse el movimiento, mediante la

constitución de una Junta Revolucionaria que proclamase la independencia y la nueva república soberana, la cual acordaría con los Estados Unidos la construcción y explotación a perpetuidad del Canal Interoceánico. También fijó allí las claves de seguridad para las comunicaciones, y como requisito *sine qua non*: su nombramiento como embajador del nuevo gobierno panameño ante el de los Estados Unidos.

Desde luego, proporcionó apoyo económico para los sobornos de quienes no quisieran plegarse al movimiento, especialmente para satisfacer las necesidades del Batallón Colombia, de guarnición en Panamá, a órdenes del coronel Esteban Huertas. Para empezar, 500 mil francos de inmediato y 100 mil dólares cuando se dieran los hechos.

Amador Guerrero desembarcó el 27 de septiembre en el puerto de Colón, y se entregó a organizar la conjura en esta población, pero sobre todo en la ciudad de



Panamá, motivado por el apoyo político y la financiación estadounidenses.

El viaje del general Tovar y las argucias de Obaldía

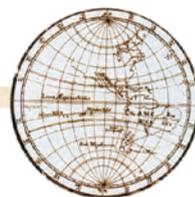
34 Pero la culminación de todos los anteriores hechos correspondió, como tenía que ser, a los militares, de manera poco grata de recordar. En primer lugar, el general Juan B. Tovar, uno de los más gallardos oficiales de la Guerra de los Mil Días, quien había cobrado admiración ciudadana al haberse negado, ante sugerencias del ministro de Guerra José Joaquín Casas, a llevar a Consejo de Guerra al general Rafael Uribe Uribe, después del tratado de Neerlandia: "Prefiero, dijo, renunciar y romper en mi rodilla mi espada, antes que envilecerla quebrando la palabra dada al adversario". Este notable soldado, después de que otros generales se habían negado a ir al istmo para vigilar de cerca a Obaldía y calmar la desconfianza pública generada por su nombramiento, recibió y aceptó el cargo el 19 de septiembre con la misión de viajar urgentemente a sofocar de raíz cualquier brote secesionista.

A pesar de la urgencia de su viaje, no se sabe por qué motivos el general Tovar sólo salió de Bogotá cinco días después, y aún por el camino se dio tiempo para detenerse en Ocaña y acompañar el parto de su esposa,

Cien Años Años

oriunda de aquella población. De tal forma, sólo llegó a Barranquilla el 14 de octubre, donde encontró un telegrama del ministro de Guerra Vásquez Cobo, no para apresurar su viaje a Panamá, sino para que enviara tropas a la Guajira, donde al parecer se fraguaba una nueva rebelión liberal. Cumplió esta orden con el buque Cartagena, al mando del general Ramón C. Amaya, destinado a transportarlo a Panamá.

Entre tanto, el gobernador Obaldía, para dispersar y debilitar al Batallón Colombia, se inventó una invasión nicaragüense de 70 hombres sobre Penonomé, a cuyo sofocamiento envió al oficial Tascón con 250 hombres de dicho batallón, mientras su comandante, el coronel Esteban



Huertas, quedaba en la ciudad, donde fue convencido para la causa separatista por Amador Guerrero. Este oficial, natural de Úmbita, Boyacá, de origen oscuro y pobres sentimientos altruistas, a duras penas leía y escribía, pero había ganado sus ascensos militares y posición social gracias a su valor y lealtades políticas, que eran las circunstancias que tenían mayor mérito. En el combate de Anchicayá en 1900, en el Cauca, había perdido la mano derecha, razón por la cual lo apodaban *El Mocho*, y al año siguiente había recibido otra herida en el pómulo. Casado con panameña, Huertas residía allí desde varios años atrás, y al finalizar la Guerra de los Mil Días había solicitado infructuosamente sus letras de cuartel.

El relevo del general José Vásquez Cobo como Jefe Militar de Panamá, dispuesto por los incidentes con Mutis Durán por su propio hermano, el ministro de Guerra, no sólo había dejado a Huertas al mando del Batallón Colombia, sino de todo el istmo, razón para que, al aceptar los planes de Amador Guerrero, hubiera afirmado: "Soy panameño de corazón, y prefiero separarme del servicio militar antes que dejarlos solos". Desde luego, no era tanto su corazón, sino los 30 mil dólares de la

de la pérdida de Panamá

Compañía del Ferrocarril, que entrarían a su bolsillo y le aseguraban un porvenir cómodo, lo que lo movió a entrar en la organización de la conjura contra su propio país.

Ya vimos cómo con los mismos argumentos económicos, había sido ganado para dicha causa el coronel tolimense Rubén Varón, comandante del buque 21 de Noviembre, y también lo serían otros oficiales por intermedio de sus propios comandantes, quienes por menor cantidad secundaron la defección y se volvieron contra su patria.

Cuando por fin regresó el buque Cartagena de su misión en la Guajira, el general Tovar con su Estado Mayor y 500 hombres del Batallón Tercero de Tiradores, a órdenes del coronel vallecaucano Eliseo Torres, pudo embarcarse para Panamá desde Barranquilla, por la vía de Cartagena, donde fue abastecido en armamento y carbón.



cuartel, donde 30 soldados de su guardia, al mando del capitán antioqueño Marco A. Salazar, lo redujeron a prisión con todo su Estado Mayor, integrado por los generales Francisco de Paula Castro, Ramón C. Amaya, Joaquín Caicedo y Albán y Luis Alberto Tovar, los coroneles José María Tovar y Alfredo Campuzano. Todos ellos, a pesar de sus protestas, fueron conducidos al Cuartel de Policía para evitar su contacto con las tropas, mientras el Batallón Colombia era dispersado en guerrillas por la ciudad y



Cien Años



El 3 de noviembre: fecha clave

Llegó el general Tovar a Colón en la madrugada del 3 de noviembre, cuando sobre sus aguas navegaba desde el día anterior el crucero Nashville, de la armada estadounidense, enviado secretamente por el gobierno para demostrar a los sediciosos el apoyo efectivo de Washington e impedir el desembarco de tropas colombianas. El crucero no cumplió su misión por falta de claridad de las instrucciones.

Todavía no sabemos cómo el general Tovar, habiendo sido advertido del movimiento separatista, objetivo de su misión, aceptó aquel triste 3 de noviembre la propuesta del prefecto de Colón, Pedro A. Cuadros, y del superintendente de la Compañía del Ferrocarril, de viajar a la ciudad de Panamá en un vagón especial, solamente con su Estado Mayor, ante la carencia de vagones para transportar a los hombres del Batallón Tiradores, los cuales serían transportados en las horas de la tarde. Tal como estaba concebido el plan separatista.

Por su parte, Huertas, después de recibir a Tovar con los honores reglamentarios, ante los tumultos que empezaban a merodear por la ciudad y sin que la policía local hiciera nada por dispersarlos, lo hizo conducir a su

Huertas ordenaba abrirles los arsenales del cuartel y distribuir armas a los manifestantes, acaudillados por los hermanos Pedro y Domingo Díaz.

En seguida, Arango y Amador prosiguieron con la farsa de reducir a prisión al gobernador, acción preconcebida para esconder sus actividades separatistas y preservar su dignidad, como reserva humana para el devenir político del istmo. Fue conducido de la gobernación a la casa de Amador Guerrero. Cuando el Concejo Municipal de Panamá se percató de que todos los generales colombianos estaban a buen recaudo, se reunió por su cuenta, y tomándose la facultad de los demás cabildos de las poblaciones del istmo, las cuales, salvo el de Colón, nada sabían del movimiento, constituyó una Junta de

Gobierno integrada por José Agustín Arango, Tomás Arias y Federico Boyd, la cual se proclamó autoridad soberana para todo el antiguo departamento de Panamá.

Un militar colombiano tuvo comportamiento digno: fue el contador del buque Bogotá, coronel Jorge Martínez, quien ante la prisión del general Juan B. Tovar y del propio jefe del buque, general Luis Alberto Tovar, conminó a los rebeldes a dejarlos en libertad, so pena de someter a cañonazos la ciudad. Al no recibir respuesta, cumplió su amenaza con seis disparos de cañón que causaron la muerte de un ciudadano chino que transitaba por la calle Sal si Puedes y de un asno que por allí pastaba tranquilamente. Después tomó rumbo hacia Buena-ventura.

Al día siguiente, la junta publicó un manifiesto redactado por otro colombiano de Sincelejo, Eusebio Morales, en el cual entre otras cosas expresaba: "Al separarnos de nuestros hermanos de Colombia, lo hacemos sin rencor y sin alegría. Como un hijo que se separa del hogar paterno, el pueblo istmeño, al adoptar la vía que ha escogido, lo ha hecho con dolor, pero en cumplimiento de supremos e imperiosos deberes: el de su propia conservación, el de su propio bienestar". Luego. Amador Guerrero, quien esperaba la presidencia, previa autorización de la nueva Constitución, manifestó públicamente: "El presidente Roosevelt ha cumplido. Viva la República".

El Batallón Tiradores en Colón

Entre tanto, el Batallón Tiradores, que quedó en Colón a la espera de ser transportado a Panamá en las horas de la tarde, retrasó su viaje porque el movimiento separatista entretuvo al comandante en cuanto al transporte de sus tropas, con la excusa de falta de vagones. Cuando tuvieron aviso telefónico de la prisión de Tovar y su Estado Mayor, en la mañana del 4 de noviembre, los separatistas se dieron a la tarea de sobornarlos. Era comandante del cuerpo, el coronel vallecaucano Eliseo Torres Gutiérrez, muy propicio a las libaciones, que ese día se iniciaron temprano. Una vez subido de copas y de patriotismo, se negó rotundamente a aceptar cualquier negociación y, antes por el contrario, notificó al consulado de los Estados Unidos que estaba resuelto a declarar en estado de sitio a la ciudad y a vérselas contra los promotores extranjeros, si antes de las dos de la tarde no daban libertad a los generales prisioneros. Esta conminación fue transmitida de inmediato al comandante del Nashville, comandante Hubbard, quien ordenó que los estadounidenses se refugiaran en la Estación del Ferrocarril protegidos por 42 marines que desembarcaron del bu-

Cien Años Años

que, con instrucciones de no abrir fuego sino cuando se produjera el ataque.

Pero es en este momento cuando el comandante del buque Cartagena, general vallecaucano Elías Borrero, tal vez presa del pánico ante las maniobras del Nashville, de la manera más cobarde levó anclas y huyó con rumbo a la ciudad Heroica, dejando a las tropas colombianas del Tiradores en Colón, aisladas del país y abandonadas a su suerte.

La huida del Cartagena y El Guayabo debió ablandar el ánimo heroico del coronel Torres, quien, en vez de atacar la Estación del Ferrocarril y cumplir su palabra, resolvió entrevistarse con el comandante Hubbard y pactar con él y sus oponentes el embarque de las tropas norteamericanas en el Nashville y la retirada del Tiradores a las afueras de Colón, así como el envío de una comisión parlamentaria a Panamá para que el general Tovar le enviara instrucciones de lo que debía hacer. Y éste, prisionero de Huertas, después de haberse negado con dignidad a recibir un soborno de Amador Guerrero para que él y sus tropas se embarcaran para Colombia, señalándole su situación sólo acertó a decirle a su subalterno que cumpliera con su deber, instrucción que, al ser entregada a Torres, obviamente fue tergiversada.

El día siguiente, 5 de noviembre, llegó a Colón el vapor austríaco Yenny, donde se transportaba el general Pompilio Gutiérrez, en quien Torres pensó encontrar la solución, y coordinó su desembarco con el comandante Hubbard, quien lo concedió a condición de que dicho



Manuel Amador Guerrero
Primer presidente de Panamá.

de la periferia de
Panamá

general se embarcara ese mismo día en el vapor Orinoco. La entrevista entre los dos oficiales colombianos se realizó en el Hotel Suizo, bajo la observación del conspirador Martínez. Torres le expuso su situación, y Gutiérrez le señaló que él no iba en misión oficial, que carecía de credenciales para entenderse con los estadounidenses y que era mejor que el Tiradores permaneciera en Colón y una junta de oficiales decidiera lo que se debía hacer. El alto oficial, pues, se negó a hacerse cargo de la situación en un momento crítico para su patria, y prefirió proseguir su viaje de negocios en el Orinoco. Torres decidió entonces aceptar los 5 mil dólares en efectivo más 3 mil en letras de cambio, necesarios para embarcar sus tropas, siendo fiador de los pasajes por la suma de mil dólares el comandante Hubard, quien de inmediato notificó a Panamá y Washington lo sucedido.

Fue entonces cuando se consolidó la independencia de la nueva república, llenando de júbilo a sus gestores. Al día siguiente, el gobierno de Estados Unidos se apresuró a reconocer a la nueva república, cuyo primer embajador en Washington sería el gestor de la trama, Bunau Varilla.

Tal vez, de haber mediado una batalla en Colón, Roosevelt se habría visto envuelto en serios problemas con el Senado y el partido demócrata, que por lo general no se mostró tan de acuerdo con el *I Took Panamá*, habría impedido este desenlace. Pero el dios de la guerra había abandonado al otrora glorioso ejército colombiano, que en la independencia había escrito sus páginas más heroicas, y en este momento, quizás por estar dedicado a una guerra entre hermanos, sin mayores razones de lucha, la inacción, la negligencia, la corrupción y la cobardía cubrieron de deshonor las banderas de los batallones Colombia y Tiradores, de los que hoy tenemos un ingrato recuerdo.

La nueva república y el canal

El entusiasmo vivido durante aquellos días de noviembre de 1903 por los panameños no demoró en tornarse amargo, cuando tuvieron que aceptar por fuerza de las circunstancias el tratado Hay-Bunau Varilla, de condiciones más gravosas para su soberanía que las del tratado Herrán-Hay. Además, a principios de 1904 tuvieron que establecer en su naciente Constitución el artículo 136, impuesto por los yanquis, que decía: "El gobierno de los Estados Unidos podrá intervenir en cualquier punto de la república, para restablecer la paz pública y el orden constitucional". Nació así Panamá, sin soberanía, como una nación completamente sometida al imperialismo estadounidense.



Como prueba de agradecimiento a quien había acaudillado el movimiento separatista, dicha Constitución consagró en su artículo 141: "Podrá ser elegido primer presidente constitucional de la República, cualquier ciudadano que, sin ser panameño de nacimiento, hubiere tomado parte activa en la independencia del istmo". Efectivamente así sucedió: el colombiano traidor a su país Manuel Amador Guerrero fue elegido en 1904 presidente de Panamá. Murió en 1909.

El otro actor principal de tamaño episodio, el coronel Esteban Huertas, fue proclamado héroe nacional durante esos días, después de haberse paseado por Europa con 50 mil dólares de viáticos para



estudiar los ejércitos de esos países y estructurar uno similar en Panamá. A su regreso de dicha comisión, se encontró con que el presidente Amador Guerrero lo había traicionado, y en connivencia con los Estados Unidos lo habían eliminado del escalafón militar. Su decepción fue tal, que, tal vez arrepentido, se atrevió a escribir con relación a su nueva patria: "De dueños, pasamos a arrendatarios; de libres, al

Cien Años
de la
pérdida de
Panamá

Cien Años

Cien Años

Con la construcción del canal, que empezó en 1904, bajo la dirección de una comisión presidida por el almirante Walker, se creó uno de los hospitales más modernos de Suramérica, que sirvió a todos los países de la región, incluyendo a Colombia.

Quien dio el impulso definitivo a la obra del canal fue el coronel ingeniero George Washington Goethals, acompañado de su colaborador, el teniente coronel D. D. Gaillard, hoy conocido como Cut Gaillard.

El canal fue inaugurado el 15 de agosto de 1914, bajo la presidencia de Belisario Porras en Panamá y del demócrata Woodrow Wilson en los Estados Unidos, cuyo triunfo electoral se debió en gran parte al desgaste de Roosevelt con relación al caso panameño de 1903 y a la compra de la compañía a los franceses, en un escándalo propio de Nelson Cromwell, en el cual se vio envuelto uno de sus familiares.

De tal suerte que el iniciador e impulsor de la obra del canal, que proyectó la hegemonía norteamer-



servilismo; y después de deshacernos de Colombia, llegamos a ser los siervos de los sajones y seremos parias en nuestra propia tierra". Después, Huertas se refugió en su hacienda Quebrada Caballero, y sólo se acordaban de él en los desfiles de aniversario de la independencia, en los que lucía su uniforme de general francés, o para reducirle poco a poco su pensión. Terminó sus días en 1943, en el alcoholismo y la miseria.

Desde luego, Panamá tuvo durante las primeras décadas un desarrollo acelerado, fruto del tratado Hay-Bunau Varilla, que a cambio de su sumisión le otorgó 250 mil dólares anuales, con los cuales realizó una gran campaña educativa, mediante la cual descendió significativamente el analfabetismo en el istmo. También pudo realizar obras públicas fundamentales para su progreso e integración, elevando de esta manera el nivel de vida de los panameños. Pero quizás el aspecto más significativo fue la extirpación de la fiebre amarilla y de la malaria de su territorio, gracias a la campaña de saneamiento ambiental adelantada por el famoso médico W. C. Gorgas.

rica en el mundo, como lo previó el almirante Mahan, no fue invitado a su inauguración. Personaje controvertido, quizá quien mejor expresó su personalidad fue el famoso humorista Mark Twain: "Durante veinticinco años, cada vez que he encontrado a Roosevelt he sentido inmensa simpatía hacia él con sólo darle la mano. Pero cuando pienso en él como político y estadista, lo encuentro amoral e indigno de respeto". Roosevelt nunca se arrepintió de este hecho y murió en 1919.

Consecuencias para Colombia

La noticia de la separación de Panamá no se supo oportunamente en Bogotá, por el daño que en estos días tuvo el cable submarino. Se tuvo conocimiento apenas el 6 de noviembre, pero Marroquín, como era su costumbre en estos casos, la mantuvo en silencio hasta el día siguiente, cuando *El Nuevo Tiempo* empezó a circular.

de la pérdida de Panamá

Se dice que en tal ocasión, en las horas de la tarde, alarmado por tales rumores, el general Pedro Nel Ospina, a pesar de ser enemigo político de Marroquín, como quiera que había sido desterrado por intentar un golpe de Estado en su contra, acudió a palacio. El presidente, entregado a sus lecturas literarias, al reconocerlo le dijo: "¡Oh, Pedro Nel, no hay mal que por bien no venga! Se nos separó Panamá, pero tengo el gusto de volverlo a ver por ésta, su casa".

Regada la noticia por Bogotá y el país, sus habitantes, estupefactos, confundidos y adoloridos, no acertaron a otra cosa que a expresar sus sentimientos de indignación contra los Estados Unidos y los panameños. Las turbas se lanzaron a las calles de la capital al pillaje y al saqueo, resultando varios heridos. Pero pronto ese resentimiento profundo adquirió el cariz de patriotismo, y los principales caudillos de la comunidad se lanzaron a apoyar al gobierno, creyendo que éste rompería relaciones con los Estados Unidos y tomaría las medidas militares del caso, para las cuales todos se ofrecían como voluntarios al ejército de la patria. Así se conformó un

Marroquín transformó entonces la expedición de origen militar, que avanzaba hacia la costa enrolando voluntarios, en una misión diplomática que viajara a Panamá a convencer a los sediciosos de echar pie atrás y reintegrarse a la patria común. Comisión que efectivamente cumplieron los jefes mencionados en Panamá el 20 de noviembre, a bordo del buque Canadá, gracias a la intervención del secretario de Estado, señor Hay, ya que la Junta de Gobierno estaba dispuesta a no dejarlos desembarcar o, en caso de que lo hicieran, ponerlos presos.

Los comisionados nada lograron con la Junta de Gobierno de Panamá, porque sobre las aguas de Colón hacían presencia, además del Nashville, el



Cien Años



movimiento de opinión denominado *La Integridad Nacional*.

Marroquín acertó a corresponder al clamor popular y, mediante decreto, declaró turbado el orden público y determinó la conformación de un ejército de 100 mil hombres para rescatar a Panamá, para el cual designó como general en jefe a Rafael Reyes y como sus inmediatos colaboradores a los generales Lucas Caballero, Jorge Holguín y Pedro Nel Ospina. El 11 de noviembre, aniversario de la independencia de Cartagena, lanzó una proclama en la cual afirmaba: "La gloriosa bandera de nuestra integridad nacional se conservará intacta... Seré yo quien la lleve y vosotros quienes me ayuden a sostenerla".

No había pasado una semana de semejantes manifestaciones patrióticas cuando, como es costumbre en Colombia, surgió la disputa entre quienes querían a toda costa la guerra y quienes no perdían la esperanza de que la situación se resolviera por la vía diplomática.

Mayflower, buque insignia de la flota norteamericana; el Atlanta, el Dixie, el Hamilton y el Maine, y en la rada de Panamá, el Boston, el Marblehead, el Concor y el Wyoming. Ingenuamente solicitaron al almirante Coughlan información sobre cuál era la zona en donde impediría un desembarco. El comandante de la flota les respondió que toda la extensión de las costas del departamento de Panamá.

Por lo anterior, el general Reyes viajó a los Estados Unidos para ver si era posible volver a negociar sobre la base de la firma del tratado Herrán-Hay por decreto,

pero llegó cuando el tratado Hay-Bunau Varilla había sido aprobado por el Congreso de ese país. Entonces, acudió a la amenaza de romper relaciones con los Estados Unidos, que podría poner a Roosevelt en aprietos políticos frente a su propio país y Europa, con el riesgo de la guerra. Pero el presidente, que estaba al tanto de todo, lo disuadió al responderle que el departamento del Cauca también estaba dispuesto a entrar en la nueva república. Cierto o no, esta contraamenaza de Roosevelt obligó a Reyes a

Cien Años

Cartagena, que en materia de patriotismo siempre habían llevado la delantera. Se reunieron 500 expedicionarios por cuenta propia, con el propósito inmediato de proteger el territorio continental en el Darién, amenazado por un desembarco norteamericano,



40

abandonar a los Estados Unidos con rumbo a París, con la vana esperanza de poder ejercer los derechos de Colombia sobre la nueva compañía francesa del canal e impedir su venta a los Estados Unidos. Pero todo estaba consumado.

El último acto de la nación para intentar recuperar a Panamá por las armas fue la expedición del general Daniel Ortiz, con el Batallón Tiradores, deseoso de reivindicar su nombre. A ella se unieron muchos jóvenes estudiantes de las universidades de la capital y de

y de ser posible, penetrar por tierra a Panamá, ya que por mar era imposible.

Por la ruta del Magdalena y Cartagena, la expedición desembarcó en Titumate, en el lado oriental del golfo de Urabá. Allí tuvo un incidente con el crucero Atlanta, que fue superado gracias a que su comandante reconoció estar navegando en aguas colombianas y

de la pérdida de Panamá

acató la sugerencia del general Ortiz de retirarse hacia el occidente. También recibió esta comisión algunas embajadas de los pueblos panameños que no eran partidarios de la separación, entre ellas la conmovedora escena del cacique de los Cuna, esparcida en la región de San Blas Ñapaquiña, quien después de rechazar obsequios del coronel Huertas para unirse a su felona causa, visitó al general Ortiz para hincarse y besar la bandera colombiana y colaborar con su tribu en la apertura del camino que condujera por la selva a Panamá a los expedicionarios.

Pero como no llegó orden alguna de Bogotá para irrumpir en territorio del departamento panameño, y la situación propiciada por el ambiente geográfico malsano y selvático de la zona empezó a hacer mella en la salud de los valerosos expedicionarios, en abril de 1904 los sobrevivientes tuvieron que regresar a Cartagena.

Colombia sólo vino a encontrar alguna satisfacción a semejante atraco internacional cuando ganó las elecciones en los Estados Unidos el Partido Demócrata, en cabeza del presidente Wilson. Se suscribió entonces el tratado Urrutia-Thomson, aprobado por el Congreso de Colombia el 9 de junio de 1914. En él entró el resarcimiento moral que el gobierno norteamericano se negó a pactar, pero además se puso en juego ya no una zona estratégica, sino de un recurso energético como el petróleo. Sólo cuando aceptamos nuevos condicionamientos estadounidenses referidos a la propiedad del subsuelo, dicho tratado fue aprobado por los Estados Unidos el 20 de abril de 1821. Nos quedaron 25 millones de dólares, con los cuales el presidente Pedro Nel Ospina pudo realizar un plan de obras públicas importante.

El odio y el resentimiento contra los Estados Unidos en Colombia tardaría medio siglo en amainar. En la próxima entrega veremos las lecciones de Panamá aplicadas a la situación colombiana del presente.



Cien Años de la pérdida de Panamá